



Textos extraídos de:

“**Felipe II y su tiempo**” de Manuel Fernández Álvarez (2006, Espasa Libros, S.L. Colección: Espasa fórum)

Pág. 423

De ahí el despliegue de su poderío que hace la alta nobleza, de su lujo escandaloso, de su boato y poderío, cuando la ocasión se lo deparaba, como cuando el duque de Béjar acudió en 1526 a la raya de Portugal a recibir a la emperatriz Isabel, o cuando el duque de Alba festejó en Salamanca a los príncipes Felipe y María Manuela, recién desposados; un alarde de riqueza que nos describen los cronistas, que debía dejar estupefactos a los contemporáneos y que venía a ser como una muestra de aquel invencible poderío. ¿Quién podía atreverse con tan poderosos señores?

Las colgaduras riquísimas de oro y seda... y otras cosas de supremo precio —cuenta Sandoval del aparato con que Medina-Sidonia había acudido en 1543 a recibir a la princesa María Manuela de Portugal— que si bien pudiera contarlas por menudo, las dejo por no cansar ni cargar la historia...

Pero, aun así, no se resiste a detallar cómo llegó el Duque:

... el cual venía en una riquísima litera, y los frenos y clavazón de los machos que la traían eran de oro... (*Sandoval, Historia del emperador Carlos V, ed. cit., III, pág. 168.*)

553

Claro que el matrimonio también deparaba sus sorpresas, y entre ellas, acaso la mayor, la del enamoramiento. Aquí de nuevo hay que acudir a las cumbres, por ser donde encontramos testimonios irrecusables. La diplomacia española negoció la boda de Carlos V con la princesa de Portugal buscando afianzar la paz y con el señuelo de una cuantiosa dote, como sólo podía otorgarla entonces la corte de Lisboa; sin embargo, tan prosaicos principios desembocaron en un matrimonio enamorado desde el primer momento. En otros casos, el juego amoroso fue tan ardiente, que destruyó la parte más débil, que —no hay que dudarlo— lo era el varón, como le ocurrió al príncipe don Juan, el hijo de los Reyes Católicos. El propio Felipe II se inició en el amor con su primera esposa, María Manuela de Portugal, y la danza de aquella joven pareja en Tordesillas, a petición de su abuela la reina Juana, fue una de las pocas alegrías de aquella desventurada mujer. Y sabemos que el Rey acabó subyugado por la gracia exquisita de su tercera esposa, Isabel de Valois, la flor de París, que también enamoró al desdichado príncipe don Carlos.

772

en 1554 se ultimaba el matrimonio del príncipe Felipe, viudo de María Manuela de Portugal, con la reina inglesa María Tudor. Cinco años después, la que se negociaría sería la boda del ya rey de las Españas, otra vez viudo, con la princesa Isabel de Valois, la hija del rey de Francia

935

Digamos que cuando Felipe II desposa a la princesa María Manuela de Portugal, en 1543, está engendrando, junto con su hijo, la más grave oposición.

Hoy estamos convencidos de que aquel matrimonio fue un gravísimo error, que además podía suponerse, dado el estrecho parentesco de los novios y los antecedentes familiares: ambos eran primos hermanos en doble grado, tanto por la vía paterna como por la materna. Y remontándose en el árbol familiar, sin necesidad de llegar a aquella Isabel, la loca de Arévalo —la madre de Isabel la Católica, viuda del rey Juan II de Castilla—, sí es de todo punto preciso hacerlo a la otra reina que el tiempo y la historia conocen ya con el nombre de Juana la Loca, puesto que era la abuela de los dos contrayentes y, por ello, bisabuela por doble vía de lo que naciese.

Y esa confluencia de aquellos genes tan marcados tenía por fuerza que reflejarse en el heredero, conforme al presente esquema:



Era como si se cerrara un maligno círculo genético. Don Carlos sólo tenía dos bisabuelas, y una de ellas era la pobre cautiva de Tordesillas. Así, el biznieto, tanto por la vía paterna como por la materna de doña Juana la Loca, estaba predestinado a los mayores extravíos.

Por eso hay que insistir en que, con su primera boda, Felipe II estaba engendrando algo más que un hijo: la más difícil de las oposiciones.

Pero también hay que puntualizar otra cuestión: de ella, Felipe II no había sido el responsable, dado que en 1543 sólo tenía dieciséis años, sino su padre, el Emperador. Pues entre los mayores errores cometidos por Carlos V hay que citar, a todas luces, aquel forzado matrimonio realizado buscando compensaciones económicas —siempre tentadoras las sustanciosas dotes de las princesas portuguesas— y estabilidades políticas —aquel afianzamiento de la amistad hispano-lusa—, e incluso el posible logro de la pacífica unidad peninsular, como habían estado a punto de conseguir los Reyes Católicos en la figura de su nieto don Miguel, tan prematuramente fallecido en 1500.

937

Todo ello eran aspiraciones legítimas, pero vulnerando las normas eugenésicas ya defendidas por la Iglesia desde hacía siglos.

Y en esa vulneración, en ese asumir un riesgo, haciendo caso omiso de lo que pudiera suceder, estuvo ya la clave de todo lo que después vendría. Sí bien es preciso añadir que nuevas circunstancias no harían sino agravar la situación.

Pues la desgracia intervino también para hacer más problemática la crianza del Príncipe, dado que a poco de su nacimiento, y a causa del difícil parto, falleció su madre, la princesa María Manuela de Portugal; es decir, que el 8 de julio de 1545 nacía don Carlos y a los cuatro días moría su madre.

Por tanto, don Carlos se criará huérfano de madre, prácticamente desde su nacimiento, y en un hogar no presidido por el padre, pues Felipe II estaría fuera de España entre 1548 y 1551 y de 1554 a 1559, ...

... Y esa soledad familiar la acusaría penosamente el príncipe niño, con un lamento que conocemos por un contemporáneo del todo fidedigno: su ayo Luis Sarmiento, quien al dejarle en

ese año de 1551 le oye esa queja verdaderamente lacerante, que el bueno de Sarmiento comunicaría tal cual al príncipe Felipe, su padre:

¿Qué va a ser del niño, aquí solo, sin padre ni madre, su abuelo en Alemania y su padre en Monzón?

¿Qué sería de él, puesto que también se iba el único refugio que le quedaba al infante, su ayo Sarmiento, destinado a Lisboa?: «Echándose a mis brazos, me dijo llorando...»

El infante niño no tiene ningún familiar con quien consolarse. Su orfandad es completa, se siente desamparado y solo. «¿Qué va a ser del niño, sin padre ni madre?»

1606

«UN GALÁN DESTA VILLA» LA BODA

(«*¡Ay!, un galán desta villa*» es el conocido romance asturiano estudiado por Ramón Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos*, Madrid, 1950, págs. 101 y 102.)

En 1539, Carlos V, al plantearse la boda de su hijo, piensa en una princesa de Francia, Margarita, o de la dinastía navarra de los Albret, casa real filial de la francesa. Eso en 1543 queda ya desterrado. No se puede pensar en ningún acercamiento a Francia, antes al contrario, dado el estado de guerra existente, cuyo fin se mostraba tan incierto.

Pero Carlos V tiene la idea de que su hijo, si ha de quedar al frente de la Monarquía hispana, como su *alter ego*, debe casarse, con lo que ganará en hombría. Será como su espaldarazo definitivo a su entrada en la edad viril.

¿Por qué se decidió el Emperador por la princesa María Manuela de Portugal? El Archivo de Simancas nos proporciona, una vez más, la prueba: por la urgencia de conseguir dinero con que hacer frente a los crecidos gastos de la guerra contra Francia. Juan III de Portugal había prometido dotar a su hija María Manuela con 300.000 ducados, de los que 150.000 los pagaría en las ferias de Medina de 1543. Y sobre ello debate el Consejo de Hacienda:

En lo que toca a los ciento y cincuenta mill ducados que el rey de Portugal ha de dar en la presente feria...(*Cobos a Carlos V, Valladolid, 7 de agosto de 1543 (Corpus documental de Carlos V, II, pág. 151)*).

Pero también influyó en Carlos V la necesidad de afianzar su alianza con Portugal, para tener seguras las espaldas a la hora de emplearse a fondo en las guerras del norte de Europa.

Negociada la boda en el otoño de 1542, el contrato matrimonial se firmaba el 1 de diciembre de aquel año por el embajador español don Luis Sarmiento de Mendoza.

Hubo una primera ceremonia oficial, una boda por poderes, realizada el 12 de mayo de 1543, llevando la representación del Príncipe el embajador Sarmiento de Mendoza. Pero aún pasaría todo el verano antes de que se consumase el matrimonio. Todavía el 10 de octubre se esperaba que la Princesa llegase a la frontera a finales de mes. (Felipe II a Carlos V, Valladolid, 10 de octubre de 1543 (Archivo General de Simancas, Estado, Castilla, leg. 60, fol. 252; cf. Fernández y Fernández de Retana, op. cit., I, pág. 182).

Y en ese período de tiempo el Príncipe empieza a gobernar España. Sin duda, según los consejos del equipo de ministros que le había dejado su padre, pero señalando ya también su propia condición, y en todo caso presidiendo las reuniones de Estado e iniciándose en todos sus problemas. Nada firmará que primero no haya meditado.

Desde entonces, las cartas cruzadas entre el padre y el hijo, entre el Emperador y el Príncipe heredero, constituyen la mejor fuente para conocer ese período.

Cobos nos dará cuenta de ello:

Vista esta necesidad —de financiar la guerra—, Su Alteza juntó a los del Consejo de Estado y de la Hacienda, para ver qué servicio podría haber...

Las difíciles materias de Estado quedan en manos de un príncipe joven, máxime con una guerra tan encendida y con el peligro añadido de una ofensiva turca; todo ello, además, con la ausencia del Emperador e incluso sin sus noticias, cosa que alarma y entristece al Príncipe:

No podría V.M. creer la pena con que estoy —es el príncipe Felipe el que tal se lamenta— de haber tantos días que no tengo cartas de V.M...

No obstante, lo que más le excita, hasta el punto de olvidar guerras y ausencias, es su próxima boda. Apenas hay dinero para nada, pero es preciso encontrarlo donde sea para festejar a la novia y para mandarle las regias joyas que tan alta princesa se merece:

Yo mostré al Príncipe las joyas que V.M. señalaba para que diese a la Princesa —ahora es Cobos quien lo refiere—, y está bien contento dello, y mucho más de la joya que de parte de V.M. se ha de dar a la Princesa, después que se haya efectuado su casamiento.

Pero no sólo joyas. ¿Acaso no es preciso poner nueva casa a los desposados? El mismo Cobos se lo recuerda al Emperador, como si se tratara de advertir a un padre cualquiera de lo que estaba en juego:

Es necesario comprar alguna tapicería —le advierte—, camas y otras cosas y otros gastos que se han de hacer, como para hombre que se va a casar...

Eso sí, con moderación en el gasto, ya que los tiempos eran tan malos. («Hacerse ha con toda la moderación que ser pudiere, que todo esto es gasto, pues su consignación no basta a amparar lo ordinario»)

Por lo tanto, la boda próxima, esto es, la otra guerra, la del amor, tanto más excitante cuanto que para el Príncipe es todavía un misterio, si es cierto lo que le confesó a su padre:

... mas porque tengo por cierto —es Carlos quien habla— que me habéis dicho verdad de lo pasado y que me habéis [sic] cumplido la palabra hasta el tiempo que os casáredes...

Y aún le añade que sobre tal materia no haga caso a los que le dirán mil necesidades:

Yo os ruego, hijo, que se os acuerde de que, pues no habéis, como estoy cierto que será, tocado a otra mujer que la vuestra, que no os metáis en otras bellaquerías después de casado...

De modo que el Emperador, como un padre cualquiera, ha tenido una conversación íntima con su hijo. El Príncipe le asegura que es virgen y le promete mantenerse tal hasta su boda, y el padre le exhorta a que tal haga.

¿Cuántas veces no habrá tanteado, preguntado, comentado sobre el amor con sus pajes? En especial con aquel Ruy Gómez de Silva, ¡que le lleva once años!, y que por tanto tiene que estar al cabo de la calle de qué cosa es la mujer y cuál es la vida amorosa.

¡Y ahora el padre le advierte que en ello hay riesgo, y peligro de la vida!

... muchas veces pone tanta flaqueza que estorba a hacer hijos y quita la vida...

Y no son habladurías. Ahí estaba el caso, mil veces contado, de lo que le había ocurrido al príncipe don Juan, el hijo de los Reyes Católicos, algo que Carlos V, como todos, tiene en la memoria:

... y quita la vida, como lo hizo al Príncipe don Juan por donde vine a heredar estos Reinos.

Para evitarlo, Carlos V pone dobles guardianes: a Zúñiga cabe el Príncipe y a los duques de Gandía junto a la Princesa. Pues el quid de la cuestión estribaba en que los recién casados no estuvieran mucho tiempo juntos, que no se produjera entre ellos una explosión erótica como la que había destruido a su madre, doña Juana. Porque en otro caso, ¿quién podría frenar a una pareja joven?

El remedio es —razona Carlos V— apartaros della —de su mujer— lo más que fuere posible, y así os ruego y encargo mucho que, luego que habéis consumado el matrimonio, con cualquier achaque os apartéis y que no tornéis tan presto ni tan a menudo a verla, y cuando tornáredes, sea por poco tiempo...

Esa era la regla que había que cumplir y la que debían recordar Zúñiga al Príncipe y los duques de Gandía a la Princesa.

Porque ¿dónde había ocurrido la muerte del príncipe don Juan? Pues en Salamanca, donde, precisamente, Felipe ha de consumir su boda con la princesa María Manuela. ¿Puede haber algo más estimulante?

Una excitante aventura, desde luego. Y la primera pregunta salta al punto: ¿cómo sería la princesa María Manuela? Tiene la edad de Felipe, y eso ya es importante. Y otro dato a tener en cuenta: María Manuela es portuguesa, como lo era la Emperatriz, la madre de Felipe, lo que da

confianza al Príncipe, que claramente declara a su padre que prefiere ese enlace al de aquella princesa de Francia, Margarita de Valois, de la que había oído hablar.

Aun así, todavía era importante saber a qué atenerse. ¿Cómo era la Princesa? ¿Alta, baja, gorda, flaca? Porque al Príncipe no le ha llegado ningún retrato de su prometida, como entonces solía hacerse.

Así que Luis Sarmiento, su embajador en Lisboa, tendrá que mandarle una descripción detallada de la novia, que tal lo requiere la impaciencia del Príncipe. Y Sarmiento le informa:

Es tan alta o más que su madre, muy bien dispuesta, más gorda que flaca, y no de manera que no le esté muy bien. Cuando era muchacha era más gorda. En palacio, ninguna está mejor que ella.

Si ése era el aspecto físico, ¿cuál era el carácter? Porque cosa recia es desposar con una mujer de fiera condición.

Sarmiento tranquilizará al Príncipe:

Dicen todos que es un ángel de condición y muy liberal...

Muy liberal, esto es, muy generosa. Prosigue Sarmiento:

Muy galana y amiga de vestir bien. Danza muy bien... y también sabe latín y, sobre todo, es muy buena cristiana. Y según sus mujeres, es muy sana y muy concertada en venille su camisa, después que tuvo tiempo para ello, que dicen que es lo que más vale para tener hijos.

El embajador se cree obligado a descender a esos detalles: ventile bien la camisa, o sea, tener muy normal su menstruación. Es una especie de espionaje de palacio, para asegurar algo tan importante en cualquier boda, pero fundamental en las regias: asegurar la sucesión.

Una información que no bastará al Príncipe, que querrá ver con sus propios ojos a su prometida antes de que le sea presentada oficialmente. La comitiva principesca había de entrar en Castilla por Elvas y Badajoz y, bien escoltada por la embajada española presidida por Silíceo y por el duque de Medina-Sidonia, ascendería por toda Extremadura (Alburquerque-Alcántara-Coria), para entrar ya en el señorío del duque de Alba. A su encuentro, si bien disfrazado, salió el Príncipe, entonces en Valladolid, y antes de que la Princesa entrase en Salamanca, donde debían celebrarse los esponsales, procuró verla sin ser visto. Lo que parece muy normal, tanto que el propio Príncipe se lo refiere a su padre, el Emperador:

Partí desta villa de Valladolid, a efectuar lo de mi casamiento, a principios de Noviembre, y desde Cantalapedra, que es cinco leguas de Medina del Campo, me adelanté por la posta para ir a ver a la Princesa por el camino, porque pareció que era bien hacerlo así, llevando en mi compañía al duque de Alba, al almirante de Castilla, conde de Benavente, don Álvaro de Córdoba, don Juan de Acuña y don Antonio de Rojas...

De forma que no es meramente un gesto personal, aunque es de suponer que el Príncipe lo deseara, sino algo que formaba parte del ritual, y por eso no lo hace solo y a escondidas, sino acompañado de lo mejor de su cortejo, como si se tratara de los obligados testigos de aquella operación y los únicos dignos de ella, y de ahí que particularice sus nombres al Emperador.

Felipe y su cortejo franquean la sierra de Béjar para hacer alto en la casa de campo que el duque de Alba poseía en Abadía, y de la que todavía quedan tan notables restos. Y a poco de allí, en la ruta de la plata, en el lugar de Aldeanueva del Camino, se apostan para ver pasar el cortejo de la Princesa. De todo lo cual el Príncipe informa a su padre. No se trata de una acción irreflexiva, propia de la juventud, sino, porque el protocolo lo pide, de que el Príncipe manifieste públicamente sus ansias por ver a la que pronto será su desposada. El Príncipe sentiría, probablemente, deseos de conocerla; pero, aunque así no fuese, tenía que dar muestras claras de ello:

Y así llegué con ellos —con su cortejo; es el Príncipe el que sigue informando a su padre— al lugar de La Abadía, que es del duque de Alba y de allí fui a Aldeanueva, donde vi a la Princesa sin que ella me viese. Luego me vine a un lugar a dos leguas de Salamanca y esperé que llegase la Princesa, que fue martes 14 de Noviembre, donde fue recibida con muy grande regocijo...

Estuve a ver la entrada y fuime a dormir a un monasterio de San Jerónimo, que está fuera de la ciudad.

El anónimo del manuscrito de la Real Academia de la Historia nos presenta toda la fastuosa ceremonia del casamiento hecho en Salamanca: el apoteósico recibimiento a la Princesa, con los

diversos arcos triunfales —entre ellos, por supuesto, el de las Escuelas mayores—, el suntuoso cortejo de la Princesa, su alojamiento en Salamanca y el encuentro oficial de los novios, yendo el Príncipe a la sala donde le esperaba la Princesa.

¿Y cómo era la Princesa? El manuscrito de la Real Academia coincide con la descripción del embajador Sarmiento: graciosa de cara, pero poco apuesta de cuerpo, con tendencia a la obesidad, que el testigo anónimo insinúa como «algo gordilla»:

Es S.A. de un rostro algo anchuelo, que tira a francesa, tiene aire: destos nuestros Príncipes, que bien parece que son parientes; es algo gordilla, de buen color y de buen rostro gracioso...

Sospechamos algo de desencanto en el Príncipe. En todo caso, cumplió su deber, acudió a la sala donde le esperaba su prometida y se hicieron los ceremoniosos saludos que exigía el protocolo:

Se fue [el Príncipe] para el aposento de la Princesa, que estaba riquísima en su trono, con sus catorce damas ricamente vestidas. Entraron todos los señores y caballeros delante y besaron las manos a la Princesa... y luego llegó el Príncipe y salió la Princesa de su estrado hasta el medio de la sala y juntos se hicieron sus humillaciones, y dadas las manos se fueron a sentar a su estrado, y pacificada algo la gente, llegó el Cardenal [Tavera] y allí desposólos, y luego tocaron los menestres y toda la música y anduvieron danzas y duró hasta media noche y danzó el Príncipe y la Princesa, y así se fueron a cenar y a dormir...

Al día siguiente, gran madrugón. El cardenal dijo la misa a las cuatro de la mañana y los veló. Nada de prisas. La ceremonia religiosa duró dos horas y media.

Era ya la hora de los desposados:

Casi hasta las 6 y media se acabó todo y se fueron los Príncipes juntos de las manos al aposento de la Princesa, donde quedaron y dormieron y holgaron, hasta que el Príncipe vino a su aposento..., reposando hasta las doce del día, que se levantó y vistió y salió a comer a la una, vestido de colorado muy recamado y enredado de oro...

Por lo tanto, «folgaron» los Príncipes dos o tres horas en aquella mañana de noviembre, hasta que Felipe, fiel a las instrucciones paternas, se apartó de su joven esposa, para reposar después de tanta brega en su aposento durante tres o cuatro horas.

Y esas fueron las bodas principescas consumadas en Salamanca.

Durante aquella semana no cesaron los festejos: los saraos, las justas, las corridas de toros... Por supuesto, el Príncipe sacó tiempo para visitar las Escuelas. Ya estaba allí, como alumno, un muchacho que, andando el tiempo, se haría famoso, y no sólo en Salamanca, sino también en España y aun en el mundo entero; un joven que había ingresado en la orden agustina y que podría dar nombre al siglo, lo mismo que su Rey. Se llamaba fray Luis de León.

El lunes los Príncipes salieron de Salamanca para fijar su corte en Valladolid, capital de la Monarquía, bajo esta regencia (que como tal la llaman los documentos del tiempo) de Felipe. Su ruta: Alaejos, Tordesillas, Simancas... En Tordesillas hicieron un alto. ¡Allí estaba la reina de las Españas!, aquella desventurada Juana. A buen seguro que María Manuela llevaba la orden de su madre, Catalina, de visitarla y de contarle cómo la encontraba, porque la reina de Portugal no dejaba de recordarla. ¡Y a saber cómo soportaba la reina cautiva su terrible soledad! Pero no sólo sería deseo de María Manuela. Observaremos que, después de su muerte, Felipe también iría de cuando en cuando a visitar a la abuela.

Para Juana la Loca, la visita de sus nietos fue el último momento de dicha, de explosión de ternura, de asidero a los lazos familiares. Las crónicas cuentan que la Reina hizo bailar a sus nietos, aquellos muchachos de dieciséis años, y que «disfrutó harto» con su presencia.

Después, para ella, la soledad, la interminable soledad, que aquella visita vino a romper por una jornada.

En cuanto a los Príncipes, ¿su vida conyugal siguió bajo el control marcado por Carlos V? ¿Fue eficaz la difícil misión de Zúñiga? Los documentos nos hablan de camas separadas y de distanciamientos temporales.

Pero también de instrucciones de Catalina, la madre de la novia, que desde Lisboa se preocupaba de que su hija no engordase.

En su prudencia, no fiándose de ser obedecido en sus instrucciones, Carlos V llega a ordenar la separación a gran distancia: el Príncipe, que siguiera en Valladolid; pero que su mujer, María Manuela, invernase en Madrid. ¡Así se eliminaban los problemas!

No lo veía tan claro Zúñiga, para quien aquel violento remedio podía volverse en contra:

A mí paréceme —se atreve a sugerir al Emperador— que apartándolos algún tiempo las noches y guardándolos siempre los días, que estarían mejor en un lugar, que no tan apartados...

Pues la cuestión estaba en que, si se les alejaba mucho y por tanto tiempo, podía ser que diesen en la guerra del sexo con más furia:

... que sería gran desasosiego del Príncipe, y cada vez que llegase, sería con tal deseo que sería muchas veces novio en el año...

Hubo, al menos, camas separadas de noche y sólo entrevistas públicas de día. Y algo más: una creciente indiferencia del Príncipe hacia su mujer, que el bueno de Zúñiga achacaba a «empacho y poca edad». Pero a Carlos V le llegaron noticias más alarmantes: al Príncipe empezaban a gustarle las salidas nocturnas. Eran sus «desórdenes» juveniles, con el desvío tan notorio hacia la princesa María Manuela, que a Carlos V le llegan los avisos por todas partes:

De la desorden que hay..., le he reprendido..., porque dado que por el presente no fuese ello de mucho inconveniente, serlo ia para adelante, si en esto se hiciese hábito y constumbre...

Y en la misma carta, el Emperador se lamenta de los desvíos de su hijo:

Lo mismo he hecho y haré ahora en lo de la sequedad que usa con su mujer en lo exterior, de la cual me pesa mucho..., y no deja de entenderse por otras partes...

Todo parece indicar que Felipe había iniciado ya su vida amorosa con una de las damas de sus hermanas, posiblemente con Isabel de Osorio. De todas formas, en febrero de 1545, cuando recibe la reprimenda paterna, podía excusarse con que él ya había cumplido.

En efecto, para entonces el embarazo de su mujer era ya evidente. Y el emperador Carlos V se haría eco de ello, con gran satisfacción:

Sea mucho enhorabuena su preñado —el de María Manuela—, del cual me he holgado, como es razón.

Tal escribía Carlos V a Felipe II en posdata autógrafa, el 13 de enero de 1545. Y el César añadía, complacido:

Habéislo hecho mejor de lo que yo pensaba, porque os daba otro año de término...

En efecto, engendrado en el otoño de 1544, nacería el futuro príncipe don Carlos el 8 de julio de 1545. Y cuatro días después moría la princesa María Manuela, a consecuencia del difícil parto sufrido y, posiblemente, por una infección mal curada.

Pues el parto había sido «trabajoso», como sabemos por el propio Príncipe, que al día siguiente del alumbramiento lo comunica al Emperador:

La Princesa continuó su preñado con salud hasta que ayer a media noche plugo a Nuestro Señor alumbrarla con bien de un hijo, y aunque tuvo el parto trabajoso, porque duró cerca de dos días, ha quedado muy buena...

Pero no tan buena. Sepúlveda, tan cercano a la corte, puntualiza:

Se complicó por culpa de las comadronas que, por ignorancia y necia condescendencia, le cambiaron la camisa y no la vendaron con la debida presión ni le administraron lo demás que la costumbre prescribe en estos casos; de donde, siguiéndose la fiebre, a los cuatro días murió...

De forma que el Príncipe pasó de la gran emoción de convertirse en padre —si bien con sus dieciocho años puede que no lo sensibilizara plenamente— a la condición de viudo. ¡Extraña situación! La Princesa no había sido, a buen seguro, la mujer de sus sueños. ¡Demasiado gruesa para recordarle a su madre, pese a su nacionalidad portuguesa! Pero, a fin de cuentas, era en aquel cuerpo joven donde el Príncipe había explorado a la mujer y se había iniciado en la vida amorosa, y eso ya era mucho. De forma que bien le podemos creer cuando escribe dolorido a su padre, para darle cuenta de aquella desgracia. Se disculpa de haberlo hecho en principio por mano de Cobos, y le añade en carta del 13 de agosto —un mes largo, por tanto, después de aquella muerte—:

Yo no scribí entonces a V.M. porque la congoxa y pena con que estaba de haber recibido una tan gran pérdida no me dio lugar a ello...

La noticia afectó tanto o más al Emperador, que al final se consolaba pidiendo a los cielos que al menos conservase la frágil salud del recién nacido.

Precisamente de aquel Infante, después príncipe don Carlos, que tanto daño haría al padre:

Estando hecho este despacho —le dice a su hijo desde Worms, el 2 de agosto de 1545— y para partir don Juan de Figueroa con él, llegó el correo con el aviso del fallecimiento de la Princesa, y ya podéis considerar lo que lo habré sentido, así por lo mucho que con razón la quería como por la pena y congoxa que os ha dado.

Y le añade, como temeroso de que no quedara allí aquella desgracia:

Bendito sea Nuestro Señor por todo lo que hace y a Él plega de guardar lo que queda, que no es poca parte de consolación saber cuán cristianamente acabó y que el Infante quedase en buena disposición. Plega a Dios de guardarle, como es menester, y pues lo sucedido es obra de su mano, debámonos conformar con su voluntad. Y así os ruego lo hagáis y miréis mucho por vuestra salud, tomándolo con la prudencia que se debe...

Y así Dios lo guardó, sin duda, pero para harta fatiga y hartos trabajos del padre, pues, al engendrar a don Carlos, Felipe engendró algo más que a su hijo: a la más radical oposición que conoció en su reinado

1741

...el Príncipe está enamorado.

En efecto, hoy día no tenemos ninguna duda sobre la primera pasión amorosa del Príncipe, que arrancaba ya de los años anteriores a su viaje al Imperio. Es aquella dama de la corte de su hermana doña Juana, que lo había sido antes de su madre, la Emperatriz: Isabel de Osorio. Por lo tanto, una hermosa mujer que lleva unos años al Príncipe y que le deslumbra cuando aún es un adolescente, probablemente incluso cuando todavía estaba casado con la princesa María Manuela, pues la fascinación venía de atrás, de los últimos tiempos de la corte de la Emperatriz.

1922

la intervención de Ruy Gómez de Silva en la vida amorosa de Felipe II.

Así, por ejemplo, los primeros amores del entonces «príncipe de las Españas» con Isabel de Osorio, dama de la Emperatriz, a la que vemos después en la corte de Juana de Austria. Una relación amorosa de la que existen pruebas concluyentes, y que debió de comenzar muy pronto, cuando vivía aún la princesa María Manuela de Portugal, la primera mujer de Felipe II, de la que pronto se desilusionó por su tendencia a la obesidad que tanto la afeaba y que la Princesa no supo o no pudo evitar, pese a los consejos de su madre, la reina Catalina de Portugal. (*La obesidad de la Princesa era tan notoria, que cuando se reanudan las negociaciones de boda en 1542 Felipe pregunta alarmado sobre ello al embajador imperial en Lisboa, Sarmiento, el cual no tiene más remedio que confirmárselo: era «más gorda que flaca», aunque no tanto como cuando era muchacha (Sarmiento a Felipe II, Lisboa, 25 de julio de 1542; Archivo General de Simancas, Estado, Castilla, leg. 373. Cf. Fernández y Fernández de Retana, op. cit., I, págs. 180 y sigs.). «La rolliza infanta — comenta Keniston— fue, en verdad, una figura patética» (Keniston, Francisco de los Cobos, op. cit., pág. 279). En lo cual, la Princesa salía a su madre, cuya obesidad es tan patente en el cuadro que custodia el Museo del Prado pintado por Antonio Moro. En contraste, María Manuela había sido educada desde muy niña en el amor a Felipe: «La Princesa —escribía el embajador Lope Hurtado a Carlos V en 1530— hace todas las cosas que le piden por amor del príncipe ¿Castilla...» (cit. por Aude Viaud, *Lettres des souverains portugais a Charles Quint et a l'Impératrice, Lisboa-París, 1994, pág. 64*). En cuanto a los consejos de Catalina para que evitase la obesidad, véase Ludwig Pfandl, *Felipe II, Madrid, 1942, págs. 90 y 91.*)*

Ante esa situación era fácil prever que algo iba pronto a cambiar.

Ya en 1545 empiezan las salidas nocturnas del Príncipe, mientras que su desvío hacia la Princesa es la comidilla de la corte, y hasta tal punto, que el rumor llega hasta el Emperador, que se cree obligado a reprender por ello a su hijo:

Lo mismo he hecho [en lo de reprenderle] —informa a don Juan de Zúñiga— en lo de la sequedad que usa con su mujer en lo exterior, de lo cual me pesa mucho, y no sería razón que así se hiciese, y no deja de entenderse por otras partes, que es harto inconveniente. Aunque bien creemos que esto no procederá de desamor, sino del empacho que los de su edad suelen tener, y así esperamos que habrá enmienda...(*Citado por Fernández y Fernández de Retana, España en tiempo de Felipe II, op. cit., I, pág. 213. Es el propio Carlos V el que se hace eco de las salidas nocturnas de su hijo: «Habéis hecho muy bien —le dice a Zúñiga— si le habéis hablado de lo que pasó en Cigales en casa de Perejón y del salir de noche, y si eso fuere empeorando o se hizo con algún mal fin, avisarme heis particularmente...»*)

En la crónica de las bodas de los Príncipes, ¿no dice el cronista textualmente: «... es algo gordilla...»?

Debió de ser entonces cuando inició el Príncipe su aventura amorosa con Isabel de Osorio, frente a cuya espléndida belleza mal podía defenderse María Manuela de Portugal.

1959

Con María Manuela de Portugal, la primera esposa de Felipe II, cerramos esta primera galería de mujeres portuguesas. No sabemos mucho de ella, porque apenas si vivió dos años en la corte; pero sí que no respondía al ideal de belleza femenina que había encarnado la Emperatriz y que tan fuertemente se había marcado en Felipe II. Su madre, Catalina —aquella hija póstuma de Felipe el Hermoso, que durante diecisiete años vivió con su madre, Juana la Loca—, era notoriamente obesa; de lo cual, aun con el cuidado que los pintores de corte realizaban su oficio, el cuadro del Museo del Prado debido a Antonio Moro es una muestra evidente. Catalina da la impresión que va a estallar dentro de sus ricos vestidos de corte. Y esa tendencia a la obesidad la heredó su hija, hasta el punto de que la madre le aconseja que tomara todos los cuidados posibles para evitar aquellas dos situaciones que podrían desamorar al Príncipe: la obesidad y los celos. La muerte no le dio tiempo a María Manuela a caer en los celos, pero no pudo evitar la obesidad. El cronista de la boda no puede menos de confesar cuando ve a la novia en Salamanca:

... es algo gordilla...

De ahí el desencanto que sufre el Príncipe, aquel desvío suyo hacia su mujer que tanto preocupó a su padre, el Emperador.

Entonces es cuando entra en escena, si no es que lo había hecho ya antes, la famosa Isabel de Osorio, la primera amante conocida de Felipe II.